

medio de la cabeza, con un pequeño doblez por la parte anterior, como una cresta, dejando colgar el resto por la espalda; pero ya la usan poco. No así los huipiles, que se han mantenido y se mantienen en mucho uso hasta nuestros tiempos, y los tejen muy finos y delicados, formando diferentes labores y figuras. También subsiste el uso de los refajos, á que llaman Tlamaxcuey, especialmente entre las indias caziques y nobles, que aunque tengan conveniencias, ni quieren dejar su antiguo trage, ni hablar otro idioma que el suyo, aunque sepan perfectamente el castellano.

Así los hombres como las mugeres usaban de sandalias que llaman cacli. Entónces los usaban tejidos del hilo que sacan del maguey, á que llaman pita; al presente solo usan de estos los religiosos descalzos. Los indios plebeyos los traen de cuero crudo de toro; pero los nobles, y aunque no lo sean (si tienen algun posible) usan de zapatos, aunque sin medias ni otro calzado.

También se habían adelantado mucho en la agricultura, sembrando no solo el maiz, algodón, chile, frijoles y chia, sino también algunas otras yerbas que les servían unas de alimento y otras de condimento á sus manjares; y finalmente se hallaba entónces el reino de Tollan en su mayor grandeza y opulencia, gozando de una tranquila paz, de un sabio y prudente gobierno en sus monarcas, y de una union tan perfecta entre los súbditos, que libres de emulaciones y envidias, miraban como propios los aumentos y felicidades de cada particular y aspiraban todos á la mayor exaltacion y gloria de su reino.

CAPITULO XXVIII.

Dase noticia del reinado de Mitl, que quebrantó la ley de los cincuenta y dos años, á quien sucedió la reina Xiuhltaltzin, y despues de ella Tecpancaltzin.

Parece que habia llegado el reino de Tollan al apogeo de sus glorias, cuando Mitl heredó la corona, que segun el cómputo que sigo fué el año de 779 de Cristo; pero apenas empuñó las riendas del gobierno, cuando empezaron á brillar en el jóven príncipe unas tan relevantes prendas, que hicieron conocer á sus vasallos, que aun podian aspirar á mayores felicidades; pues no siendo inferior á sus antecesores en la rectitud conducta y amor á sus vasallos, les hacia grandes ventajas en la afabilidad, benevolencia y liberalidad, á que acompañaba un hermoso aspecto y gallarda presencia.

Casó con una señora de las mas principales de su reino, aunque no nos dicen su estirpe, pero sí su nombre que era Xiuhltaltzin, tan igual á su esposo en la grandeza de alma y demas prendas naturales, que desde luego se hizo admirar de sus pueblos por su sabia conducta, teniéndose por igualmente seguros para el acierto en el gobierno de la reina, que en el de su monarca. Velaban ambos consortes en procurar á sus vasallos todos los bienes y prosperidades, manifestando á todos así en comun como en particular entrañas de verdaderos padres, tanto para ayudar al pobre á salir de su miseria, como para que el rico no

decayese de su fortuna; así para sostener al noble, como para impedir la opresion del plebeyo; de suerte que cautivando las voluntades de todos, se hicieron dueños absolutos de los corazones de sus súbditos.

La grande opulencia de Teotihuacan, y el concurso que acarreaban á aquella poblacion sus templos le pareció á Mitl que cedia en desdoro de su corte de Tollan, y deseoso de exaltarla sobre las demas poblaciones de su reino, determinó erigir en ella un templo mas suntuoso y magnífico que los de Teotihuacan; y para hacerlo mas espectable, forjó en su idea una nueva deidad, á quien dedicarlo, para que la novedad del objeto fuese otro mas poderoso atractivo. Esta fué la rana, á quien dió honores de divina, haciendo antes creer á sus pueblos, que ella era la diosa de las aguas.

La elocuencia y dulzura de su estilo, el concepto que su pueblo habia formado de su alta sabiduría, y mas que todo el amor que le tenian, hizo que facilmente creyesen la divinidad de esta sabandija, abrazando desde luego su culto, se resolviesen á tributarla los divinos honores. Aun mas allá pasó la fina política del monarca; pues bien entendido de la fuerza que tienen para con el vulgo las novedades brillantes, y mas si van cubiertas con el velo de la religion, determinó que el templo que se le habia de dedicar fuese de diversa estructura de la que tenian los otros. Estos eran aras descubiertas en las cumbres de los montes, como el de Tlaloc, ó en las cimas de los cerros, que aunque artificiosamente fabricados, como los de Teotihuacan, estaban al descubierto el bulto de sus deidades. No así el de la rana que le hizo fabricar de piedra bella-

mente labrada en forma de un gran salon cuadrilongo, cubierto de las mismas piedras, que bien ordenadas y con pulidos ajustes formaban una especie de bóveda fuerte que cerraba el paso á las lluvias, al sol, y al aire. Dentro de él, y en su testero principal, hizo erigir un pedestal de competente altura de la misma piedra, trabajado con el mayor esmero, y sobre él colocó el busto de su diosa, de oro maciso, cubierto de esmeraldas, de un palmo de largo, tan diestramente trabajado, que imitaba perfectamente á su original.

No se descuidó de proveer el templo de competente número de sacerdotes que cuidasen de su limpieza y adorno, y por cuyas manos se ofreciesen á la diosa los dones y oblaciones de los que acudiesen á su templo, que este era todo el culto que le tributaban, y ningun sacrificio, ni de gentes, ni de animales. Ordenó el traje de los sacerdotes, haciéndolos vestir unas túnicas tálares negras, sueltas, y con una especie de capileta, que les cubria las cabezas, el cabello largo y entrensado, que les caía sobre las espaldas; dentro del templo andaban siempre descalzos, y solo para salir fuera se calzaban sandalias de pita, excepto los tiempos en que hacian ciertos ayunos de á veinte dias que les ordenó; que entónces no solo dentro, sino fuera del templo andaban descalzos, y siempre los ojos bajos y con gran modestia. Debían guardar castidad, y los dias primeros de cada mes hacian en público ciertas penitencias. Con todo este aparato de magnificencia y culto exterior consiguió el hábil y político monarca perfectamente sus intentos, atrayendo á su corte considerable número de gente que aumentó grandemente su poblacion; y con las frecuentes romerías que de todas las poblacio-

nes venian al templo, era innumerable el diario concurso de la corte.

No se descuidó en favorecer las artes, exaltando á honores, y colmando de premios á los que se aventajaban en ellas, ó hacian alguna nueva invencion, con lo que atrajo á su corte todos los mejores y mas diestros artifices del reino, y la hizo un seminario de todas las artes y ciencias que hasta entónces conocian y practicaban.

De esta suerte reinó cincuenta y dos años, y satisfecho del amor de sus vasallos, no quiso sujetarse á la ley del reino, cediendo á su hijo la corona. No le engañó su confianza, porque aceptando gustosos sus pueblos su resolucion de mantenerse en el trono, no hicieron caso de la infraccion de la ley, por tal de continuar gozando del feliz gobierno de su amable príncipe. Continuó pues en él otros siete años, y en el que señalaron con el carácter de once cañas, que corresponde segun las tablas al de 1035, pagó el comun tributo, acabando la vida de enfermedad natural.

El dolor, sentimiento y lágrimas de sus vasallos no es fácil ponderarlo, aunque lo es concebirlo con la pérdida de un rey tan amado, que con su prudencia, justicia y rectitud, con su política, afabilidad y liberalidad, y finalmente con su acertado gobierno se habia grangeado no solo el respeto y veneracion debida á su dignidad, sino tambien el verdadero y sincero amor de sus vasallos, en cuyos corazones mandaba con tan dulce imperio, que su obediencia no era sacrificio de su voluntad, sino lisonja de su afecto.

Sepultáronle en su famoso templo de la Rana,

adornando su cadáver del mismo modo que acostumbraba vestirse, que nos dicen los historiadores con toda individualidad el que era, y se reduce á una camiseta de lienzo blanco muy fino de algodón, que le llegaba hasta las rodillas, y del mismo lienzo los pañetes que le servian de calzoncillos, labrados del mismo algodón de varios colores, y pendiente desde los hombros una manta blanca, muy delicada, bordada de varios colores, y guarnecida de una cenefa de primorosa labor, salpicadas á trechos en toda la manta cantidad de piedras preciosas labradas en diferentes figuras. Así en las muñecas como en los tovillos ajorcas, ó brazaletes de cuentas de oro gruesas y bien trabajadas, calzado de unas sandalias, cuya planta era una hoja de oro, afianzada por encima con cordones de diversos colores. Sobre el pecho llevaba un collar de oro, cuyos eslabones eran labrados en figuras de varios animales, y adornada la cabeza con un hermoso plumage, y este mismo dicen que era el traje que vestian los reyes toltecas.

Concluidos los honores funerales, pasó toda la nobleza y numeroso concurso á dar el pésame á la reina Xiuhltaltzin, cuyas amables prendas y elevado talento, muy superior al comun de su sexo, era bien notorio á sus vasallos, que habian sido testigos de los esmeros con que habia procurado cargar á medias con su esposo la pesada tarea del gobierno, con igual zelo, aplicacion y amor que él, y creyendo que les mitigaba la pena que les afligia en la pérdida de su monarca, y que aseguraban sus felicidades no faltando del trono aquella heroina, en quien estaba retratada la imagen de su esposo, siendo una misma la grandeza de alma,

la rectitud y prudencia del gobierno, y el amor para con ellos, la suplicaron que les permitiese jurarla por su reina, y que tomase á su cargo su amparo continuando en el gobierno, sin embargo de ser esto contra las leyes del reino, mayormente estando ya el sucesor en edad competente para gobernar. Este era el príncipe Tecpancaltzin, cuyas amables prendas manifestaban bien su alto origen, no degenerando el fruto del árbol precioso que lo produjo. Su gran talento, y la sujecion y obediencia en que le habian criado sus reales progenitores, no solo le hizo conocer la razon del justo concepto que los vasallos habian formado del talento y prendas de la reina para el gobierno, sino tambien la gratitud que les movia á esta accion para satisfacer de algun modo á la obligacion en que se hallaban para con la reina; y uniéndose á este conocimiento el grande amor y obediencia con que el príncipe veneraba á su madre, tan léjos estuvo de llevar á mal la pretension de los vasallos, que ántes bien fué el primero que la saludó por su reina, reputándose por mas feliz siendo vasallo de tal madre, que si efectivamente hubiesen puesto en sus sienas la corona.

Algo se enjugaron con esto las lágrimas de los vasallos; y continuando la reina en la tarea del gobierno con el mismo zelo y sabia conducta, se hacia cada dia mas amable á sus pueblos: pero duróles poco la felicidad, porque al cuarto año de reinado que señalan con el carácter de dos cañas y corresponde al de 1039, acabó sus dias, dejando á sus fieles vasallos sumergidos en un mar de lágrimas, llorando inconsolablemente tan gran pérdida, y con justa razon, porque las prendas que adornaban á esta sabia reina,

elevándola mucho sobre el comun de su sexo, la hicieron digna de inmortal memoria y de ser colocada en el número de aquellas heroínas que ha celebrado el orbe; pues á vista, y al lado de un monarca tan sabio, supo grangearse tanta reputacion, que partió con ella los lucimientos, y despues de sus dias logró por sí sola la aclamacion, á pesar de la antigua costumbre y ley que se lo prohibia, ocupando dignamente el trono con universal aplauso; y mucho mas inconsolable hubiera sido el llanto de sus pueblos, si hubieran llegado á saber que habiendo sido el reinado de estos dos consortes el último punto de felicidad á que habia de ascender su monarca, ya llegaba con la muerte de la reina el tiempo en que habia de comenzar á decaer, hasta verificarse la destruccion profetizada por su sabio Huelman.

Nada dicen del lugar de su sepulcro ni de los honores funerales que la hicieron; pero debemos persuadirnos á que fueron correspondientes tanto á su dignidad, como al amor y fidelidad de sus súbditos y que colocarian su cadáver en el mismo templo al lado de su esposo. Solo nos dicen que en el mismo año de 1039 fué jurado por rey el príncipe Tecpancaltzin, cuyas prendas y talento le hacian digno sucesor del trono.

CAPITULO XXIX.

Comienza Tecpancaltzin á gobernar sabiamente hasta el décimo año, en que ciego del amor de una noble doncella, la oculta á sus padres, y tiene en ella un hijo natural en quien se advierten luego las señales que predijo Hueman.

Nada extrañaban los vasallos en la sabia conducta de su nuevo monarca, que, verdadero imitador de sus ilustres padres, se empleaba con infatigable zelo en el gobierno de sus pueblos, en beneficio de sus súbditos, y en alivio comun de toda su nación, sin apartarse un punto de aquellas prudentes y políticas máximas que hicieron tan plausible el anterior gobierno, y dandó y procurando si fuese posible dar al suyo algun realce, añadió á su natural modestia y compostura algunas demostraciones de mas devoto y aplicado al culto de sus dioses, frecuentando sus templos, en que pasaba algunas horas del dia arrodillado en oracion. Hablaba poco, y no se manifestaba al público tan frecuentemente, aunque no por eso dejaba de admitir á toda hora los recursos de sus vasallos, para administrarles justicia.

Diez años permaneció de esta suerte, logrando en sus pueblos no ménos aceptacion y aplauso que sus padres. A este tiempo, y en un año que señalan con el geroglífico de doce casas, y corresponde en nuestras tablas al de 1049, dicen que se hallaba retirado un dia en lo interior de su palacio, cuando le avisaron que queria hablarle un señor de los principales y deudo su-

yo, llamado Papantzin. Mandóle entrar al punto, y este lo ojeutó llavando consigo una hija suya, doncella de quince años, llamada Xochitl, de extremada hermosura, la cual vestida y adornada á su usanza, llevaba en las manos un azafate, y en él algunos regalos comestibles, siendo el principal un jarro de miel de maguey, cuya fábrica acababa de inventar Papantzin, y por cosa nueva y nunca vista la llevó á presentar al rey, sirviéndose de la hija para portadora del regalo, muy ageno de imaginar que de ello pudiera resultarle agravio.

Parecióle muy bien al rey la nueva invencion de la miel, pero mucho mejor la que la llevaba, y habiendo expresado á Papantzin con las mas vivas demostraciones cuan agradable le habia sido su regalo, le dijo que de cuando en cuando continuase á embiarle de la miel, pero sin que para esto se tomase el trabajo de venir personalmente; sino que aquella niña, acompañada de alguna criada, podria conducírsela. Esta expresion del rey la construyó Papantzin como favor que le hacia, muy léjos de sospechar malicia en sus intentos.

Pocos dias despues le envió segundo regalo con la misma Xochitl, acompañada de una matrona de edad madura que habia sido su ama de leche. Avisaron al rey de su venida, y al punto mandó que entrase sola Xochitl con el regalo, quedándose en las piezas de afuera la criada que la acompañaba, á la que dió orden que entretanto la obsequiasen y regalasen con algunas cosas de oro, tejidos de algodón y pluma, diciéndola que esperase hasta que saliese su señora, para que volviese acompañándola. Cumplieron los criados con

la orden del rey con la criada, mientras entrando Xochitl la recibió el rey con aquellas demostraciones que en semejantes ocasiones produce el corazón de un amante, asomándose por los ojos la llama que arde en el pecho; y depuesta la seriedad y compostura, dignos adornos de la magestad, la dijo que estimaba mucho el regalo; pero mucho más el que viniendo por su mano, le proporcionase ocasión de manifestarla la amorosa llama en que ardía desde la vez primera que la vió; y continuando su discurso con la facundia que le era natural, y con la que en semejantes casos ministra la pasión en acciones y afectos, procuró rendir la entereza de Xochitl.

Respondió ella cortes, estimando las honras que le hacía, pero negóse constante á sus halagos, y mucho más á cumplirle sus torpes deseos: mas viendo el rey que en ella no hacía mella el cariño, determinó valerse de las amenazas y la fuerza, y logró finalmente por este indigno medio vencer su constancia, y cumplir sus antojos.

Dueño ya del honor de Xochitl, y no satisfecho todavía su deseo, ántes bien cual hidrópico, mas sediento con beber, llamó á ciertos criados de su confianza, y entregándosela les mandó que con el mismo decoro y obsequio que á su real persona, y con gran sigilo la condujesen al palacio de Palpan, sitio de diversion de los reyes, en que tenían espaciosos y bellos jardines. Era este una especie de castillo ó fortaleza, tanto en su fábrica, como en su situación, porque estaba sobre una colina, á muy poca distancia de la corte, y su fábrica era de altas y gruesas paredes que le cercaban todo, con solo una entrada. A él condujeron los

criados del rey á la hermosa Xochitl, y por su orden la pusieron guardias que impidiesen, no solo que saliese ella y la familia que de antemano le tenía prevenida para que la sirviese, sino también para que no entrase persona alguna de fuera, sin excepción.

Luego que partió Xochitl acompañada de aquellos criados, sin ser visto de la criada que la había conducido, mandó el rey decir á esta que se volviese, y dijese á sus padres que para manifestarles lo mucho que les estimaba y su gratitud á sus regalos había tomado á su cargo la educación de su hija, y la había entregado á ciertas matronas ancianas para que la doctrinasen y enseñasen todo género de habilidades, que unidas á su hermosura la hicieran la más amable y más aplaudida de su corte: que no les sirviese de pena el dejarla de ver por algún tiempo; que después sería duplicado su gozo, cuando la viesen aprovechada y adornada de todo género de habilidades, y que entretanto corria de cuenta del rey su regalo, cuidado y asistencia correspondiente, tanto á la calidad y circunstancias de Xochitl, como á la grandeza del rey que lo mandaba.

Desconsolada partió la criada con este mensaje, y al oírlo sus padres causó en ellos notable costernación; porque el alto concepto que tenían formado de la rectitud del rey, no daba lugar á que asomase á su imaginación sospecha alguna criminal, y por otro lado el camino por donde intentaba premiarles, y regraciarles sus obsequios les parecía enteramente nuevo y extraordinario. En esta confusión se hallaban, cuando á cierto rato llegaron los criados del rey, que de su orden le dieron noticia de la merced que acababa de hacerle dándole el señorío de ciertos pueblos para él y sus des-

cendientes perpetuamente; con lo que en vez de excitarle sospecha lo excesivo de las mercedes, le aquietaron el ánimo, creyendo efecto de la magnanimidad del monarca, que procuró señalarse en la prenda de liberal á imitación de su padre, remunerando muy cortos servicios con larguísimos premios. Pasó Papantzin inmediatamente á dar al rey las gracias de las mercedes recibidas, pero no pudo disimular la pena que le afligia en la ausencia de su hija, que siendo única, era todo su consuelo; mas el rey con astucia y habilidad, ostentando rectitud y severidad, aseguró de suerte á Papantzin que se restituyó á su casa muy consolado.

Manteniase entretanto la hermosa Xochitl en el palacio de Palpan, servida y asistida de numerosa familia de criadas, y de todo cuanto conducía a su mayor regalo, obsequio y decoro, tanto ó mas que la misma reina. Iba el rey con frecuencia á visitarla, con pretexto de divertirse en sus jardines, pero sin mas compañía que de aquellos sus criados confidentes, que eran únicos sabedores del secreto. A poco tiempo reconoció Xochitl que habia concebido, y dando cuenta al rey de la novedad con que se hallaba, dió este la orden de multiplicar el cuidado y asistencia de la dama durante el preñado, del que salió felizmente en el año de Ceacatl, que corresponde al de 1051, dando á luz un príncipe á quien su padre puso por nombre Meconetzin, que se interpreta *el niño del maguey* por la miel que le llevó Xochitl, y fué el origen de sus amores. Despues dieron á este príncipe el nombre de Topiltzin, que le interpretan *justiciero*, de la voz Topilli que significa cierta insignia que llevaban los jueces, que rigurosamente podemos llamar vara de justicia, y con esta voz

la significan al presente; y este nombre Topiltzin es el que generalmente le dieron despues, y por él es conocido en la historia.

Luego que nació se reconocieron en él las señales que habia pronosticado Hueman que se verian en el último rey Toltecatl, y dejamos dichas al capítulo XXVI, anunciándoles que en su tiempo habia de destruirse su reino, lo que causó no poca pena al rey su padre. Mas con todo, sabiendo bien cuan poderosa es la buena educacion para enmendar y corregir los defectos de la naturaleza, creyó por este medio burlar las amenazas del hado, proponiendo desde luego poner el mayor esmero en la educacion del hijo. Así lo ejecutó, y logró sacar un príncipe grande y adornado de excelentes cualidades, pero no pudo estorbar que su mal ejemplo le indujese al error, y fuese causa de su ruina como veremos.

CAPITULO XXX.

Descubre Papantzin el secreto y quéjase con el rey, quien le aquietta, asegurándole que su nieto sucederá en el trono. Muere la reina, y se lleva consigo el rey á Xochitl y al príncipe Topiltzin, á quien declara por su hijo, y cumplido el tiempo de su gobierno le cede el reino, y le hace jurar por rey.

Aunque Papantzin quedó quieto y sin sospecha alguna con las palabras del rey, no depuso la pena que le causaba la ausencia de su hija; y así con cuanta diligencia le era posible solicitaba el saber en donde es-

taba, por si pudiese conseguir el verla. Mas el cuidado y sigilo con que el rey la guardaba era tal, que en tres años no pudo adquirir noticia alguna; pero al cabo de ellos fué tanta su diligencia, que logró saber, no solo que se hallaba en el palacio de Palpan, sino que este estaba tan estrechamente guardado de orden del rey, que ni podia entrar á él persona alguna de fuera, ni salir de las de adentro.

No por eso perdió la esperanza; ántes bien valiéndose de la industria, disfrazado en traje de labrador, se fué al palacio de Palpan, y mostrando sencillez é ignorancia, dió á entender á las guardias un gran deseo y curiosidad de ver aquellos jardines; y ayudado de algunas dádivas, logró que le permitiesen entrar por un breve rato á verlos, mas con la protesta de no llegar á las viviendas. Ofreciólo así Papantzin, y dirigiéndose á los jardines, apénas entró en ellos cuando la primera persona que encontró fué á su hija Xochitl, que llevaba en los brazos al niño: conociéronse luego mutuamente padre é hija, y fueron en ambos diversos los afectos; en ella de susto y sorpresa, y en él de gozo y alegría. Hablóla primero el padre, y la preguntó si el rey la tenia allí encerrada para entretener niños: la respuesta de Xochitl fué comenzar á derramar copiosas lágrimas. Cuidadoso el padre le preguntó la causa de su llanto; y descubriendo ella entónces todo su secreto, le hizo sabedor de su desdicha, y penetrado de dolor, comenzó á unir sus lágrimas con las de Xochitl; mas siendo tan breve el plazo que le habian puesto, determinó retirarse ántes que por las señas fuese conocido.

Restituyóse á la ciudad, y resuelto á volver por

su honor, pasó luego á ver al rey, á quien con las mas vivas y sentidas expresiones le hizo el cargo del agravio con que infamaba el honor de un vasallo, deudo suyo, que le habia dado tantas muestras de su fidelidad y amor. Confuso quedó el rey á esta reconvencion, y solo procuraba indagar quien era la persona que le habia revelado el secreto, para hacerla víctima de su enojo: mas no pudo sacar de Papantzin otra cosa que multiplicar sus quejas, dándose por sabedor de todo el hecho y sus circunstancias, con tan individuales señas, que no pudiendo el rey negarlas, tomó el camino del halago para aquietar al ofendido, asegurándole de que á no estar casado la hubiera tomado por esposa; pero que no teniendo sucesion en su matrimonio, ni esperanza de tenerla por la edad avanzada de la reina, le empeñaba su palabra de hacer jurar y coronar por rey al nuevo príncipe, luego que él cumpliese el tiempo de su gobierno.

Con esto, con las nuevas mercedes que le hizo, y con el permiso que le dió para que así el como su esposa pudiesen ir á ver á su hija todas las veces que quisiesen, aunque siempre con el encargo del mayor sigilo, hubo de aquietarse Papantzin, y quedó en algun modo satisfecho y consolado; y de allí en adelante iban libremente él y su esposa á visitar á su hija con frecuencia.

Debe notarse que en estos tiempos no era permitida entre estas gentes la poligamia, ni el concubinato; ántes bien castigaban rigurosamente á cualquiera que faltase á la fe de su consorte, sin que la calidad ó la dignidad de la persona la eximiese de la pena; y como estos reyes se esmeraban tanto en la rectitud de

sus acciones, para hacerse el modelo y ejemplar de sus súbditos, y que no viesen en ellos cosas reprehensibles, de ahí es que Tecpancaltzin procuró con tanto esmero encubrir su delito; y la experiencia mostró el daño que sobrevino por haberse hecho público despues, como veremos.

Criábase el niño Topiltzin con la asistencia y decoro correspondiente á su calidad en el encierro de Palpan, y apénas empezó á rayar en él la luz de la razon, cuando comenzó á manifestarse tambien un ingenio sublime, un elevado entendimiento, un despejo gracioso, un ánimo grande y un valor é intrepidez sin igual. Cuidó luego el rey su padre de ponerle maestros de todas aquellas facultades que entónces eran entre ellos propias de las personas de su esfera, y especialmente destinó algunos de aquellos señores mas principales de la corte, y mas bien instruidos en las máximas de su política y gobierno, para que inspirándolas incesantemente al jóven príncipe fuesen formando el ánimo del que habia de sucederle en la corona, arreglado á la sabia conducta de sus antecesores, tan agradable y acepta á sus súbditos.

El tiempo mismo fué revelando el secreto; y habiendo muerto la reina, se llevó el rey consigo á su palacio á la hermosa Xochitl y á su hijo, á quien desde luego declaró por tal y heredero presuntivo del reino.

No dicen los historiadores si se desposó con Xochitl, ó la llevó solamente en calidad de dama ó concubina; pero segun se habla de ella en los sucesos posteriores, me persuado á que se desposó con ella, y fué reconocida por reina, porque asientan que al lado del rey comenzó á manifestar esta señora un con-

junto de prendas tan singulares, que facilmente se hizo dueño de las voluntades de todos sus vasallos; y habiendo comenzado á tomar parte en el gobierno, se dejó ver en ella un talento y conducta muy superior á su sexo.

Mas con todo no faltaban en sus reinos algunas de las principales personas que mirasen con ceño tanto á la madre como al hijo, á aquella por cómplice en el delito del rey, y á este por fruto de él, especialmente tres régulos feudatarios de los mas poderosos y parientes inmediatos del rey, que eran señores de la numerosa nacion de los hueytlapanecas. El principal de ellos Huehuetzin pretendia tener derecho al reino de Tollan, por la falta de sucesion legitima de Tecpancaltzin, y con él se habian coligado los otros dos, llamados Xiuhtenancaltzin y Cohuanacotzin, parientes inmediatos del primero, y colindantes en sus estados, que eran muy dilatados, y corrian desde las tierras de Quiyahuiztlan para el Norte, por toda la costa del mar del Sur, hasta mas adelante de Xalisco, y traian su origen de aquellas poblaciones que fueron dejando los toltecas en su viaje y peregrinacion; las que habiendo quedado siempre sujetas á sus gefes, lo estuvieron despues igualmente á sus reyes, y estos las dieron y repartieron entre aquellos señores mas principales y mas inmediatos parientes suyos, concediéndoles el dominio y libre señorío en ellas, mas reconociendo siempre el feudo al reino Toltecatl.

Bien conocia todo esto Tecpancaltzin, y con grande arte, prudencia y política dejaba en manos de Xochitl y del jóven príncipe las riendas del gobierno, para que ellos mismos se fuesen grangeando parciales y

afectos, y con los beneficios y mercedes aumentasen el número de sus partidarios.

Con este recelo no se descuidaba el rey en procurar atraer á todos aquellos que pudieran serle mas útiles para la consecucion de su fin. Entre estos los principales fueron dos señores muy poderosos en tierras y vasallos, llamados el uno Quauhtli, y el otro Maxtlatzin, á quienes propuso que como condescudiesen con su intento, admitiendo y jurando por rey á su hijo Topiltzin, y le ayudasen con sus personas y vasallos á contener y sujetar á los que se opusiesen á ello, quedarían en la corte por colegas del rey para mandar y gobernar con él todo el reino, sin que se hiciese cosa que no fuese determinada por este triunvirato; pero manteniendo siempre Topiltzin el decoro y esplendor de la suprema dignidad, y al mismo tiempo les daría otros pueblos y vasallos con que aumentasen su señoría y poder.

Convinieron los príncipes en la proposicion, y cada uno por su parte ofreció no solo su persona y vasallos, sino tambien el procurar atraer á su partido toda la gente principal que pudiesen. Así lo ejecutaron, y habiendo cumplido Tepancaltzin el tiempo de su gobierno, dispuso ceder la corona en su hijo y hacerle jurar por rey; y en el año de dos cañas, que corresponde al de 1091, se celebró solemnemente en Tollan la jura de Topiltzin, dándole la obediencia los dichos dos señores Quauhtli y Maxtlatzin, y con ellos todo lo mas principal del reino, exceptos los tres régulos de la costa del Sur y sus vasallos, que aunque fueron convocados no quisieron concurrir ni dar la obediencia al nuevo monarca, pero viendo que todo el resto de

la nacion le habia jurado, se creyó Topiltzin asegurado en el trono; porque los régulos no se atrevieron por entónces á moverse, contentándose con mantenerse independientes y gobernar por sí solos sus estados, sin subordinacion alguna al rey Toltecatl, que no tuvo por conveniente por entónces empeñarse en reducirlos á su obediencia.

Otra noticia particular nos conservaron los historiadores del reinado de Tepancaltzin. Dicen que á los treinta y un años de su gobierno, en uno que fué señalado con el geroglífico de la casa en el número seis, y corresponde al de 1069, se erigió un famoso templo en la ciudad de Cholollan, dedicado al Dios Ce Acatl, que significa *una caña*, y es el geroglífico del primer año de la cuarta triadecátérída de su siglo. Ya he dicho que la gran ciudad de Cholollan fué la primera y mas famosa poblacion de la nacion Ulmea, y que así estas como las otras dos naciones de Xicalancas y Zapotecas se sujetaron voluntariamente á la dominacion Tolteca, cuyos reyes los admitieron venébolamente, mirándolos con igual amor y atencion que á los de su nacion, y dejándoles vivir en sus poblaciones con quietud y libertad, gobernados por sus particulares señores.

No habia decaído de su grandeza y esplendor la ciudad de Cholollan, cuyo gobierno estaba en manos de los sacerdotes. Los que por estos tiempos la regian, deseosos de elevarla á mas alto punto de grandeza, creyeron lograrlo emulando las sabias y políticas máximas del rey Mitl, que con la ereccion de su gran templo de la Rana elevó al mayor auge á su corte de Tollan. Siguiendo, pues, el mismo rumbo, determina-